

ARQUEOLOGÍA CRÍTICA

Por Diego Vásquez Monterroso

Introducción

Este ensayo trata sobre una corriente de la arqueología llamada Arqueología Crítica, la cual se centra más en la interpretación que en la metodología, y especialmente en el papel que el arqueólogo desempeña en la sociedad actual. Asimismo es necesario entender que al igual que en cualquier otra ciencia o disciplina el surgimiento de una nueva corriente de pensamiento genera debates que pueden ser muy constructivos y/o muy destructivos. Considero que cuando se trata de dar una definición de una corriente teórica uno se enfrenta a una multiplicidad de interpretaciones y/o definiciones de una misma definición. Por ello creo que si bien se puede dar una definición sobre una postura – en este caso la Arqueología Crítica – ello no supone que todos los arqueólogos ni que todos los que usan esta corriente la entiendan del mismo modo en que se le definió, ya que es probable que cada persona le de una significación distinta a un mismo texto. Finalmente considero que para presentar una explicación sobre lo que es la Arqueología Crítica es necesario – lo mismo que con el material arqueológico – conocer el contexto histórico y teórico en que se formó, para así obtener un mejor panorama sobre lo que esta corriente es, representa y significa para la arqueología en general.

Antecedentes históricos: los años 70 y 80

A mediados de los años 70 del siglo pasado la llamada Arqueología Procesual estaba en su apogeo, debido en parte al cientificismo y su imagen de “ciencia objetiva” que se había hecho, especialmente gracias a los trabajos de Binford (1962) y Clarke (1978). Pero para finales de esa década e inicios de los años ochenta comenzó a surgir un cuestionamiento a muchos de los fundamentos sobre los cuales se asentaba la arqueología tradicional, una corriente que cuestionó la supuesta objetividad de las llamadas “ciencias sociales” y que volvió a colocar dentro de la investigación la subjetividad del investigador. A ese movimiento se le puso el nombre de postmodernismo, y está representado por Foucault, Lyotard, Derrida, Giddens, Geertz, Clifford, Braudillard, Bourdieu, entre otros.

En el contexto arqueológico el postmodernismo llegó tardíamente (finales de los años setenta e inicios de los ochenta) pero significó una llamada de atención para muchos académicos, en especial sobre si realmente debía la

arqueología dirigirse hacia caminos “objetivos” o en cambio buscar una arqueología plural. A raíz de esto surgen a mediados de los ochenta una gran variedad de “arqueologías” como la simbólica, la cognitiva y la contextual. A esta respuesta a la Arqueología Procesual se le nombró como Arqueología Postprocesual, porque supone una superación en muchos de los aspectos respecto de su predecesora. De entre la variedad de arqueólogos que expresaron perspectivas teóricas novedosas fue Ian Hodder quien adquirió un renombre mayor, tanto por su novedoso enfoque – la Arqueología Contextual - (ver Hodder, 1993) como por su intenso debate que mantuvo con el representante “natural” de la Nueva Arqueología y la Arqueología Procesual, Lewis Binford. En su Arqueología Contextual Hodder utiliza como soporte teórico a muchos de los postmodernos y al mismo tiempo crea una nueva perspectiva teórica en el campo de la arqueología.

Dentro de este momento histórico es que – en medio de un furor creativo y experimental en el campo de la arqueología – surge la llamada Arqueología Crítica, con una postura que llevaría más lejos algunas de las posturas más radicales expuestas por Hodder pero al mismo tiempo reconoce mucho del aporte metodológico de la Arqueología Procesual. Más adelante mostraré como es que se dio esto.

Antecedente teórico: la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt

A pesar de que muchos de los presupuestos teóricos de la Arqueología Crítica parecieran remitirse hacia el movimiento postmodernista en general y hacia la Arqueología Postprocesual en particular, muchos de sus argumentos en realidad se basan en – y sus seguidores así lo afirman – las perspectivas teóricas de la Teoría Crítica de la llamada Escuela de Frankfurt. Esta corriente filosófica-sociológica surgió en 1923 en el contexto del período de entreguerras cuando un grupo de intelectuales alemanes – encabezados por Theodor W. Adorno y Max Horkheimer – fundaron el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Frankfurt, en Alemania. Cuna de muchos de los grandes pensadores del siglo XX, el Instituto pronto adquirió el sobrenombre de “Escuela de Frankfurt” ya que exhibía una gran similitud de pensamiento entre sus principales representantes, entre los que puedo nombrar junto con Adorno y Horkheimer, a Walter Benjamin, Herbert Marcuse, Erich Fromm y Jürgen Habermas.

Este grupo de pensadores buscaba una renovación del pensamiento marxista, superando el materialismo inherente a esa corriente y orientándolo hacia una postura más idealista. Asimismo rebatían muchos de los argumentos de – los llamados por ellos – “materialistas vulgares”, de los fenomenólogos y por supuesto de los positivistas. Como objetivos comunes a todo este grupo de teóricos críticos tenemos: 1) pesimismo hacia el futuro (más mecanizado y fetichizado); 2) el uso de elementos teóricos de inspiración marxista; 3) el estudio de los elementos subjetivo-ideológicos de las sociedades, especialmente la occidental, y 4) su anticonformismo hacia toda la sociedad. Sin embargo y a pesar de esta homogeneidad teórica en general, algunos aspectos diferenciaban a algunos teóricos críticos de otros.

Por ejemplo, se puede considerar como “pesimistas reales” a Adorno y a Horkheimer, mientras Fromm y Benjamin expresan una esperanza de redención a pesar del futuro pesimista que se vislumbra.

Para concluir, basta indicar que la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt sigue ejerciendo una fuerte influencia no solo en el ámbito filosófico y sociológico sino que, como se verá, en el ámbito arqueológico y – por supuesto – en otros campos del saber. Sus perspectivas sobre el papel del intelectual, la autocrítica, la reificación, el papel de la ideología y su anticonformismo siguen inspirando muchas de las posturas de vanguardia académica y – por qué no – social en la actualidad.

La Arqueología Crítica según Leone, Potter y Shackel

Después de un breve recorrido sobre los antecedentes tanto históricos como teóricos de la Arqueología Crítica, pasemos ahora a una de las caracterizaciones más tempranas sobre lo que esta postura teórica es y representa, y sobre todo, hacia donde se orienta. Esta definición fue desarrollada primero por Mark Leone en solitario (Leone en Whitley, 1998), y después complementada en el trabajo *Toward a Critical Archaeology* realizado junto a Parker Potter y Paul Shackel (Leone et al, 1987). En la definición en solitario (Leone en Whitley, 1998) Leone se concentró más en el papel de la arqueología en la sociedad en la que el arqueólogo vive, así como en cuestionar la supuesta objetividad y neutralidad que la arqueología dice tener (Leone en Whitley, 1998: 59).

(...) el conocimiento que poseemos sobre otra cultura siempre está constituido sobre categorías y métodos que nunca pueden estar fuera de la cultura del investigador. (...) Esto produce la posición escéptica que implica que el otro distante no puede ser conocido independientemente, entonces el esfuerzo por conocerlo tenderá siempre a ser puesto en cuestión.

(Leone en Whitley, 1998: 59).

La cita anterior es iluminadora en muchos aspectos. Muestra el esfuerzo primario por Leone de cortar de tajo con la supuesta objetividad y afán de ciencia que para entonces todavía era dogma en la arqueología, al mismo tiempo muestra humildad al reconocer que uno como investigador no podrá conocer en su totalidad al *otro* reflejado en el contexto arqueológico. Como punto importante noto que Leone no menciona *la cultura* o *la sociedad* como su sujeto de estudio, sino el *otro*, reforzando con ello la postura postprocesual de centrarse en el individuo más que en estructuras (y/o superestructuras) o en generalizaciones culturales. Menciona asimismo que la Arqueología Crítica se encuentra basada en los trabajos tempranos de Habermas y Georg Lukacs, especialmente en aquellos puntos en que hacen mención a la búsqueda de los pasados negados, aquellos que quedaron sepultados bajo el peso de “lo oficial”. No se buscará entonces la interpretación funcional de los contextos y artefactos arqueológicos, sino la función política que las interpretaciones del pasado tienen sobre el presente

o, en otras palabras, como las interpretaciones arqueológicas (la reconstrucción del pasado) representan textos hegemónicos de la historiografía oficial.

En el trabajo conjunto de Leone, Potter y Shackel (1987) la Arqueología Crítica ya no es mostrada solo como una postura puramente teórica y “de escritorio” sino como una corriente que puede ser llevada a la praxis y aportar resultados novedosos y críticos hacia las interpretaciones pretéritas. Asimismo buscaban demostrar que la Arqueología Crítica puede servir como una forma de incidir en la sociedad actual por medio de la redefinición del pasado, pero utilizando una metodología responsable y claramente heredada de la Arqueología Procesual. Aquí ya aportan una definición concisa de lo que es para ellos la Arqueología Crítica, siendo ésta

un esfuerzo de exploración y adhesión a las ideas de Marx dentro de la naturaleza del conocimiento sobre la sociedad humana, que viene aplicándose de forma creciente dentro de las ciencias humanas. (...) El objetivo de una arqueología crítica es que viendo las interrelaciones entre la arqueología y la política los arqueólogos puedan crear un conocimiento menos contingente.

(Leone et al, 1987: 283).

En esta definición está ausente alguna referencia a la Teoría Crítica, sin embargo más adelante en el artículo (ver Leone et al, 1987: 283-285) sí la mencionan y a algunos de sus miembros, lamentablemente no citan ningún trabajo de ellos, sino que por el contrario se remiten a terceras personas quienes escriben sobre los miembros de la Escuela de Frankfurt y sus ideas. En otras palabras, para llegar al conocimiento de la Teoría Crítica, Leone, Potter y Shackel pasan por varios filtros analíticos de distintos autores, lo cual a mi parecer es poco serio para académicos que pretenden formar una nueva postura teórica. Dejando por un lado la parte teórica indico que este trabajo también muestra un ejemplo de aplicación de la Arqueología Crítica, específicamente en la interpretación de datos encontrados sobre la etapa colonial y federal de la ciudad de Anápolis, en Estados Unidos.

Este trabajo conjunto recibió – como es costumbre en la revista *Current Anthropology* – varias críticas desde diversas posturas. Muchas de ellas se centraron en el incumplimiento de algunos de los objetivos del proyecto, entre ellos el de ver las relaciones de clase a través de los artefactos y contextos arqueológicos. Otros de los académicos que respondieron al artículo (como Hodder y Wylie, ver Leone et al, 1987: 295, 297-298) indicaron la falta de un estudio profundo de la Teoría Crítica y lamentaron que únicamente se estuviera haciendo referencia a referencias sobre esa corriente. Otros como Paynter (Leone et al, 1987: 296-297) felicitaron a los autores por haber hecho un trabajo serio y muy consciente de las limitaciones de los arqueólogos. Al final del artículo Leone, Potter y Shackel contestaron a las críticas mostrando una apertura muy poco común en los

debates académicos, reconociendo sus errores y aclarando algunos puntos, especialmente el relacionado al impacto de una Arqueología Crítica en países con alta polarización social.

La Arqueología Crítica según Shanks y Tilley

Casi al mismo tiempo en que Leone (en solitario) y Leone, Potter y Shackel estaban tratando de crear un soporte teórico para una Arqueología Crítica salió a la luz el libro de Michael Shanks y Christopher Tilley *Re-constructing Archaeology: theory and practice* (1992 [1987]). A lo largo de los nueve capítulos de este libro, Shanks y Tilley tratan de darle un soporte teórico mucho más definido y denso a la Arqueología Crítica. A diferencia de Leone y compañía, Shanks y Tilley sí leyeron no solo a los miembros de la Escuela de Frankfurt sino a otros pensadores posteriores, especialmente postmodernistas, así como algunos marxistas. Por lo tanto sus posturas teóricas son mucho más elaboradas y sus ejemplos e interpretaciones están mejor justificados que los de Leone et al. Muy importantes son las Conclusiones al Capítulo 3 (Shanks y Tilley, 1992: 65-67), el Capítulo 4 (pp. 68-99), el Capítulo 5 (pp. 101-115) y las Conclusiones generales (pp. 243-246).

De nuevo mencionan – al igual que lo hicieran Leone et al – la necesidad de mantener una rigurosidad metodológica pero una postura crítica al momento de la interpretación de los datos arqueológicos. Sus teóricos críticos ya no se remiten solamente a Habermas y Lukacs, sino que amplían su espectro hacia todos los miembros de la Escuela, en especial hacia Adorno, Horkheimer y Benjamin. Como comentario personal noté que estos dos autores – Shanks y Tilley – utilizaban mucho del estilo literario propio de Benjamin especialmente en las conclusiones y en las interpretaciones. Su necesidad obsesiva de ver los pasados negados y de “redimirlos” es patente a lo largo del libro, lo cual queda patente en la frase introductoria del Capítulo 4

La tarea a ser consumada no es la conservación del pasado, sino la redención de las esperanzas del pasado. Hoy, sin embargo, el pasado es preservado como la destrucción del pasado.

(Adorno y Horkheimer en Shanks y Tilley, 1992: 68).

Otro aspecto importante dentro de las propuestas de análisis de Shanks y Tilley es la necesidad de ver las contradicciones binarias que nos ofrece el contexto arqueológico; sin duda una contribución metodológica del Estructuralismo de Lévi-Strauss (Shanks y Tilley, 1992: 96-97). Otro de los aportes de estos autores es el de ver al arqueólogo como mediador entre el presente y el pasado, característica que desarrollan en las páginas 94 y 95 pero que se encuentra implícito a lo largo del libro. Esto es un aspecto especial en esta obra: no hay una definición explícita de lo que es la Arqueología Crítica, sin embargo dicha definición se encuentra implícita a lo largo de todo el libro en forma de complementación de ideas. Estos dos autores también rechazan determinadamente el apoyar una arqueología

que ayude a mantener el status quo de opresión e injusticia en aquellos lugares donde eso exista, asimismo le confieren un papel muy importante al uso de la ideología tanto en el presente como en el pasado, y como ambas se apoyan o se contradicen mutuamente. De la misma forma – indican Shanks y Tilley – el arqueólogo está creando una historia entre los datos del pasado y las vivencias personales del arqueólogo del presente. Esto último lo podría encasillar dentro de la línea ya desarrollada por Hodder (1993: Capítulo 7) cuando habla de la relación entre el pasado y el presente. Está también presente la noción del individuo como centro del análisis, pero especialmente aquel individuo negado por la interpretación conformista y la historia oficial.

Como aporte metodológico de ayuda a la interpretación Shanks y Tilley combinaron un proceso hermenéutico entre el arqueólogo y los datos con un proceso dialéctico que incluía un marco teórico (la Teoría Crítica), vínculos conceptuales y al final procesos estructurantes para dotar de vida el pasado interpretado. Finalmente, ambos autores hacen una recapitulación de todo lo expresado a lo largo del libro (y que aquí muestro líneas arriba) añadiendo la necesidad imperiosa de redimir el pasado negado o vencido así como también la necesidad del arqueólogo de mostrar humildad al momento de la interpretación, que sepa reconocer su postura política (en este caso más en la línea de los movimientos sociales y el activismo político) así como el concebirse como un sujeto muy importante en la sociedad actual ya que lo que interprete pasará a ser parte importante del imaginario de la sociedad en la que trabaja. Y por supuesto comparten la línea del anticonformismo hacia lo “normal”, lo “cotidiano” y “lo dado” en nuestra sociedad, siguiendo claramente la línea de los miembros de la Escuela de Frankfurt (Shanks y Tilley, 1992).

Conclusiones: características de la Arqueología Crítica

Después de hacer un repaso por los antecedentes históricos y teóricos de la Arqueología Crítica, así como las posturas consideradas como más emblemáticas dentro de esta corriente, considero necesario hacer unos comentarios finales. En primer lugar podemos considerar a la Arqueología Crítica como una postura eminentemente teórica, con influencia positivista y científicista en el método (seguramente un legado positivo de la Arqueología Procesual), que hunde sus raíces interpretativas principalmente en los postulados de la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt y que pretende cambiar el presente por medio de la reinterpretación del pasado y el redimir aquellos pasados negados o ocultos en las interpretaciones tradicionales. Tanto Leone, Potter y Shackel como Shanks y Tilley comparten muchos aspectos en común, como la postura “redentora” del arqueólogo, el anticonformismo con el academicismo imperante en la arqueología, la responsabilidad metodológica, la postura política del arqueólogo así como una postura humilde y abierta al reconocer los errores en que han o pueden caer al momento de realizar una interpretación. Ello sin mencionar que

ambos grupos de autores utilizan a la Teoría Crítica como su principal referente, aunque unos desarrollando su postura más que otros.

Como indiqué en la Introducción, es necesario entender que las definiciones en realidad expresan posturas personales de interpretación de quien las crea, por lo tanto es posible que en esta definición que hice de Arqueología Crítica haya también formas de pensar características de mi persona y de mi postura política. Sin embargo es innegable que mucho de lo que es la Arqueología Crítica está fundamentado en la subjetividad, y por lo tanto reconoce la multiplicidad de interpretaciones, aunque ellos por supuesto ya hayan elegido su postura, sin por ello despreciar las demás, a excepción de las que se muestran conformistas, reificadas y complacientes con las injusticias del presente. El pasado es un pasado vivo, no un pasado de anaqueles y libros viejos y aburridos; es vivo porque incide en el presente, y por lo tanto incide en el mantenimiento de la opresión o en el cambio por venir.

Bibliografía.

Clarke, David (1978). *Analytical Archaeology*. Segunda edición, Columbia University Press. Estados Unidos.

Hodder, Ian (1993). *Reading the past*. Segunda reimposición, Cambridge University Press. Londres.

Leone, Mark, et al (1987). "Toward a Critical Archaeology". *Current Anthropology*, Vol. 28, No. 3 (Jun., 1987), pp. 283-302.

Lewis Binford (1962) "Archaeology as Anthropology". *American Antiquity* 28(2); 217-225.

Shanks, Michael y Christopher Tilley (1992). *Re-constructing archaeology: theory and practice*. Segunda edición, Routledge. Londres.

Whitley, David (ed.) (1998). *Reader in archaeological theory*. Primera edición, Routledge. Londres.

Diego Vásquez Monterroso es estudiante de arqueología del último año de la Universidad del Valle de Guatemala y columnista de la revista albedrio.org. Su dirección de correo electrónico es: tecvm@yahoo.com